



Revista de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XV

San Salvador, C. A., Noviembre de 1960.

Número
154

ORIENTACION

La Respuesta al Comunismo

El comunismo avanza. Aunque no tuviéramos otras demostraciones, ahí está Cuba, dependiente de Rusia y en amigables relaciones con sus naciones satélite. Ahí está Khrushchev con su séquito de 138 acompañantes y los otros jefes de gobierno comunistas presentándose casi como vencedor en el centro mismo de los Estados Unidos sin importarle un ardite los denuestos lanzados a la nación, a su Presidente y sus hombres. Con razón se ha calificado este viaje de humillante para la nación norteamericana valiéndose de la puerta de entrada de la ONU convertida, con el ingreso de las nuevas naciones, en un campo de pugilato sin control ni dirección, a no ser el que vaya imponiendo el comunismo por sus adherentes y simpatizantes. Si desde el primer momento se hubiera rechazado el ingreso a ella de Rusia, como era razón, por falta de una sincera voluntad para la paz que era el objetivo de la Organización... pero miradas miopes no vieron ni parece que dejan de ver en el comunismo otra cosa sino una forma de vida como otra de tantas, exclusiva, si se quiere, de algún país, aun aceptable para otros países, pero siempre susceptible de coexistir, si no de convivir, con otros modos de vida. Esta falta de visión ha traído consigo la indecisión y ha permitido y sigue permitiendo los avances del comunismo.

Y muchos se preguntan: ¿Por qué avanza tanto el comunismo? ¿En qué está su fuerza de atracción? ¿Qué programa seguir para contenerlo?

¿Tan pronto nos olvidamos de sus actuaciones en Baviera y Hungría, a raíz de la primera guerra mundial, en México y España, en todas las naciones tras el telón de acero comenzando por la misma Rusia, en El Salvador, en la Guatemala de Arbenz, en Corea, en Indochina y más recientemente en China y según va mostrando más su verdadera faz, en Cuba y en Africa?

La falta de un cristianismo profundo y doctrinario en quien hasta el presente ha estado ocupando estos últimos años el puesto rector del mundo y en muchos de los gobernantes actuales, ha sido, sin duda alguna, la que ha impedido una resuelta oposición a una doctrina declarada intrínsecamente perversa por quien tiene la misión de hacerlo. No se ha creído en la significación práctica para la vida humana, no digamos ya cristiana, de estas declaraciones de los Sumos Pontífices y así hemos visto que no ha habido la debida reacción, ni en las naciones ni en sus gobernantes, contra tantos crímenes de lesa humanidad que han privado de su libertad de conciencia y de acción y aun de su vida, a millones de seres. Se trataba de libertades religiosas. Se podía olvidar a los cristianos como tales y aun como hombres, al mismo tiempo que se procuraba la amistad de sus perseguidores con la ilusión de poderlos tratar como Jefes de Estado, por motivos puramente interesados y principalmente económicos.

Esta es la pura verdad que nos ofrece la historia de estos nuestros tiempos: una disposición de ánimo perfectamente conocida por los dirigentes comunistas como la más aprovechable para sus intentos de penetración y dominio.

Avanza el comunismo porque se le ha dejado avanzar por falta del único elemento diametralmente opuesto e irreconciliable en todo momento. El comunismo es afín al capitalismo privado, porque él mismo es capitalista en sumo grado y sólo se trata de tiempo para una sustitución, pero desde el momento que el comunismo dejara en paz al cristianismo en su expresión genuina que es el catolicismo, vería comprometida la base de su falsa doctrina del materialismo dialéctico y por consiguiente su misma existencia. Por eso el comunismo va derecho ante todo y sobre todo a desatragar totalmente el cristianismo, según se lo van permitiendo las circunstancias. Lo trágico del caso es que los gobiernos y muchos de los que se dicen anticomunistas no vean esto y por lo tanto no den importancia ninguna a esta enemiga del comunismo contra el cristianismo.

Otra razón poderosísima tiene también el comunismo para no tolerar al cristianismo. El ser su contrincante aventajado no sólo en el terreno de las ideas, pero aun en el práctico de las reivindicaciones sociales de que se vale para sus propagandas. Bastaría para ello que hombres y gobiernos se decidieran legalmente a poner en práctica la doctrina social católica. En este caso el comunismo nada tendría que hacer y perdería el pretexto más eficaz de su atracción, el de procurar el bienestar de los desheredados que a él tanto importa cuanto le sirve para culminar y dominar. Mientras no le sirva para esto, poco le interesan los sufrimientos de los necesitados. Incluso quiere que continúen como materia explosiva para su encumbramiento, como lo hemos visto varias veces en su oposición a leyes sociales propuestas por los grupos cristianos. Pero también en este caso lo trágico viene de que quienes nos decimos cristianos y poseedores de la doctrina redentora no la queremos aplicar sinceramente desde el puesto de cada uno, sino que estamos esperando a imposiciones legales que o no llegan nunca o no llegan con la perfección y eficacia deseables.

El comunismo teme la implantación de la doctrina social católica. A este propósito viene bien la anécdota que cuenta el patrono español Don José Gadea. Sirve al mismo tiempo para ilustrar el fanatismo que por la causa sabe imprimir el comunismo en sus afiliados. Era en los días de la república española. Proyectando dicho señor celebrar el reparto de beneficios de su finca en la Casa Social, recibió la negativa oficial de que los afiliados a la misma continuasen trabajando en este régimen de la participación de los beneficios. Al argüírseles que parecía extraño se opusiesen a un régimen que dignificaba al obrero, le contestaron con la ingenuidad propia de gente campesina, aunque ya inficionada del virus co-

munista. "Mire Ud., Don José, si usted fuese sólo el que emplease este sistema, nosotros le trabajaríamos a Ud. toda la vida, porque vemos y estamos convencidos que es Ud. un hombre honrado de buena voluntad y que quiere impere la justicia en sus relaciones con el trabajo. Pero si seguimos trabajándole a Ud. en esta forma, lo copiarán los demás propietarios, porque verán la armonía y la paz que hay en nuestras relaciones; y si esto sucediese, ¡adiós Casa del Pueblo! y nosotros tenemos obligación de defender a ésta antes que los intereses particulares de los trabajadores".

De hecho, dondequiera que se implantan las directivas de la doctrina social de la Iglesia el comunismo se detiene o retrocede, porque el obrero pierde interés por él cuando por otro camino, respetuoso de la libertad y dignidad humanas, ve satisfechas sus ansias de justicia social.

Si el comunismo avanza se debe a la ausencia o al retardo en la implantación de la doctrina social preconizada por la Iglesia, la única que en su conjunto contiene la solución de la doctrina social. No es esto hablar por hablar o por interés de predominio. La Iglesia, maestra iluminada por la luz de la razón y de la doctrina revelada sencillamente nos muestra dónde está la solución según leyes inmutables objetivas, tan objetivas como las físicas, con las que el Creador ha dotado al mundo material y al espiritual de las almas.

Hay muchos que se ilusionan pensando que no hay para qué apelar al cristianismo bastando una adecuada legislación social llevada con tesón y eficacia a la práctica. Los tales desconocen la versatilidad de la mente y corazón humanos, la fuerza de las circunstancias y el poder de adaptación del hombre al impetu de un ideal o de una pasión, si la mente no está firmemente anclada en la verdad inmutable, lo que supone una voluntad educada correspondientemente.

Contra el poder penetrativo del comunismo no basta el solo bienestar económico, ni un alto grado de cultura puramente humana; digámoslo de una vez: No basta una civilización por técnicamente avanzada que sea, si es materialista. Si así fuera no habría entre sus partidarios obreros calificados que suelen ser los primeros en engrosar sus filas, ni profesores, ni universitarios, sus más peligrosos propagandistas, ni políticos ni adinerados que no faltan.

Una saturación de civilización materialista puede engendrar y de hecho engendra el aburrimiento y la necesidad de un ideal, que, cuando no es el cristiano, puede ser y de hecho es muchas veces el ideal comunista, por lo que tiene de común con el cristiano, en favor de la elevación de las masas; otras veces el hombre sin fe y sin principios se deja llevar de la oferta de presuntas ventajas materiales o del miedo de supuestos o reales peligros; también hay quienes se ilusionan en tomar la delantera en méritos que se cree serán tenidos en cuenta después, y aun cuando todo esto faltara, el cristiano de sólo nombre o el que ni siquiera lo es, sin fe en Dios ni en su alma, es el más a propósito para acobardarse ante una propaganda avasalladora, no siempre de contenido real, y sujetarse a situaciones de fuerza sin protestar. En cambio "donde reside el espíritu de Dios allí hay libertad (2 Cor. 3, 17). El cristiano no puede admitir el materialismo dialéctico, negador de Dios y del espíritu, que está en la base de todo el pensar y obrar comunista, de donde no puede el comunismo reconciliarse con él sin dejar de ser comunismo. Por eso son ilusorias todas las tentativas conciliatorias y todas las coexistencias. Se oponen contradictoriamente como el no y el sí. El comunismo viene a ser la religión del no, por ser un empeño negatorio absoluto e impositivo, como el cristianismo es la religión del sí, según la doctrina de Jesu-

cristo, también absoluta e impositiva moralmente, aunque no físicamente, como resulta el comunismo, es decir, que una vez conocida suficientemente, todos la deben abrazar libremente sin coacción alguna física. "Id y enseñad a todas las naciones haciéndolas observar todas las cosas que yo os he mandado" (Mat. 28, 19). "El que crea se salvará y el que no crea se condenará" (Marc. 16, 16).

El avance del comunismo está en relación al retroceso del cristianismo práctico en las almas. El punto central de la oposición no está en que la Iglesia defienda el derecho de propiedad y el comunismo lo niegue. El derecho de propiedad no es primario en el hombre, que hasta puede renunciar a él libremente o verse privado de él forzadamente en aras de un bien general, pero a lo que el hombre ni la Iglesia pueden renunciar es a Dios, Creador del mundo y Salvador de los hombres, tal como El ha querido ordenar nuestra vida aquí en la tierra, con su transcendencia eternamente feliz o desgraciada para nuestras almas inmortales. Y aquí es donde y cuando resalta el puesto central de Jesucristo en el mundo, profetizado como aquél "en el que esperarán todas las naciones" (Mat. 12, 21; Is. 42, 4), el único nombre o programa por el que podamos salvarnos (Act. 4, 12) el Camino, la Verdad y la Vida (Jo. 14, 6) Maestro divino y punto céntrico de las aspiraciones más íntimas y profundas de los hombres. (Jo. 12, 32).

La ilusión de muchos consiste en que sin cristianismo puede el hombre ser completamente feliz en este mundo. Por eso, si se oponen al comunismo prescinden de que sea contrario al cristianismo, fijándose únicamente en su aspecto negador de la libertad y de la propiedad. Se encuentran así en una posición que no hace pie en el fondo del asunto. Por eso no pueden disponer de la suficiente firmeza contra él, ya que no faltan razones para coartar esa propiedad y esa libertad de que tan celosos se muestran y que al fin y al cabo por sí solas no son los elementos constitutivos de la felicidad completa del ser humano, hecho en último término para Dios y sólo para Dios. Pronto se muestra el engaño de quienes se han dejado prender de sus redes. El comunismo acaba tragándose a sus engendros y produciendo un gran vacío de muerte en las almas, hechas para algo más elevado que comer, beber y divertirse en este mundo y esfumarse del todo. Vacío que, según noticias, ya se está notando en la juventud rusa y empieza a inquietar a los corifeos.

El comunismo viene a equivaler al demonismo. Lenin cuenta de sí mismo que dudó por algún tiempo en despojarse de un crucifijo que le había puesto su madre. Por fin lo hizo lleno de rabia y lo pisoteó. Entonces dice que se sintió liberado y dotado de una energía nueva para él hasta entonces desconocida. No es exclusivo el fenómeno. Lo sienten los que abrazan el materialismo dialéctico. Quedan libres para la destrucción, que es lo único a lo que el hombre puede entregarse con todas sus fuerzas y lo único a lo que se entrega y mueve el diablo. No tarda en llegar la desilusión de verse víctimas de sus propias obras, que los arrastra a la desesperación o los lleva por la infinita misericordia de Dios a su conversión.

Si queremos dar la verdadera respuesta al comunismo sólo la encontraremos en un iluminado y decididamente práctico cristianismo. El mismo Señor lo resumió en los dos Mandamientos: del amor a Dios con toda el alma y con todas nuestras fuerzas y en el amor al prójimo como a nosotros mismos y como El nos ha amado.

Al no hay Dios, respondamos con el Credo: Si hay Dios y creemos en El. A la materia creadora opongamos el Dios Creador y Ordenador. A la negación de que el alma sea independiente de la materia, contestemos con la afirmación de que el alma es creada inmediatamente por Dios. A la independencia de las leyes de la materia opongamos su dependencia de Dios, de quien son reflejo y que por lo mismo las puede regular y suspender a su beneplácito, como lo hace en los milagros. Al hombre, mero producto de la evolución, ha de vencer el hombre salido de las manos de Dios. Al hombre sin verdadera libertad, el hombre dueño y responsable de sus actos. Al hombre sin alma inmortal que desaparece en la muerte, el hombre con su alma que perdura tras esta vida y ha de dar cuenta a Dios de sus actos para ser eternamente feliz o desgraciado. Al hombre que se descompone en sus elementos, el "Creo en la resurrección de la carne", a imitación de los modelos de la humanidad: N. S. Jesucristo y la Sma. Virgen. Al hombre autónomo (palpable contradicción si no tiene libertad...) el hombre que libre y gustosamente y para su bien obedece a los Santos Mandamientos de Dios. Al dios inexistente e inactivo, el Dios, fuente de todo ser y movimiento, actuante por su gracia, su Iglesia y aun por los mismos acontecimientos humanos. Por de pronto el comunismo, antes de convertirse en castigo, puede servir de catalizador para una más justa distribución de los bienes de este mundo destinados por Dios para condicionar la vida, conforme a su dignidad, de "todos" sus hijos.

